

EDITORIAL

Es un lugar común el decir que las palabras, por el uso indiscriminado, se desgastan. De tanto pronunciarlas, se difumina su significado y resuenan en nuestros oídos más como un murmullo que como el medio idóneo para comunicar una idea.

También es otra frase hecha aquella que, como un augurio, advierte de que las palabras se las lleva el viento, que no es sino otra manera de reprochar los fatídicos perjuicios de la desmemoria o de la mala fe o del paso del tiempo.

En el inmenso océano de las expresiones manidas, destaca, en fin, la que asevera que una imagen vale más que mil palabras, lo que no parece sino una apología de la pereza, tanto desde el punto de vista del que emite el mensaje como del que lo recibe.

En este entorno en el que nos encontramos, rodeados de palabras erosionadas, de palabras aventadas por el viento del día a día, de palabras que tienen que confabularse de mil en mil para competir con una sola imagen, *Fábula* aparece de nuevo con el ánimo renovado. Con la intención de combatir, con imaginación y palabras lustrosas, a la horda innúmera de las frases hechas.

Publicamos ahora este número duodécimo de *Fábula*, después de meses desde ese otro número once que ya se ve lejano. Un periodo en el que ha dado tiempo a una Navidad, una guerra, una Semana Santa, un impreciso número de cadáveres (con o sin titular de prensa), millones de palabras (de las que se lleva el viento), miles de mentiras, saqueos de Bibliotecas y de un Museo que era la memoria de la Humanidad (presa de los ladrones y de la estulticia), innumerables imágenes del horror (que nos han dejado no sin mil, sino sin ninguna palabra para comprender), una visita del Papa, millones de voces pidiendo Paz, miles de silencios cómplices, tres fusilamientos. Un lapso de tiempo que se ha hecho eterno para quienes miraban al cielo esperando el ataque, para quienes esperaban iniciar el ataque, para quienes rezaban o exigían que no se atacara, para

quien cada minuto sin ser atacado era una mezquina victoria. Y, mientras todo esto ocurría, los que hacemos *Fábula* hemos recogido las palabras que hoy presentamos, relatos y poesías que nada tienen que ver con los hechos que han sacudido el cuerpo de una sociedad (mundial) aparentemente aletargada. Historias y fábulas alejadas de la barbarie que ha dejado un amargo desconcierto en algunos hombres y mujeres que pensaban que al mal se le puede combatir con la palabra y con la verdad. Hombres y mujeres dueños de un campo de ingenuidades donde la demagogia, la falacia y el odio no tiene lugar. A la vista, desoladora, del mundo que nos ha tocado vivir, desde *Fábula* debemos animar a nuestros lectores a que perseveren en su afición a la lectura. Las abuelas, dueñas de una filosofía secular sin tacha, nos reconvenían cuando no queríamos terminar las lentejas diciéndonos: "come, que, de los que comen, alguno queda". Deberíamos usar este refrán adaptándolo a nuestro objetivo, insistiendo ante el peligro de que las palabras se desgasten, o que desaparezcan sin remedio entre el olvido, o de que nos dejemos atrapar en la péfida trampa de las imágenes, y así pregonar sin desmayo: "lee, que, de los que leen, alguno piensa".

Leamos, pues, Historia para recordar; Ensayo para saber que existen otras maneras de entender el mundo; Poesía para paladear bellezas diminutas; Cuentos para disfrutar con historias de bolsillo; Novelas para soñar otras vidas; Filosofía para comprender que los problemas, las dudas y las respuestas siempre han estado ahí; Teatro para vernos en un espejo; Epístolas para saber que, antes del e-mail, existían sobres y sellos, y que las personas empleaban algo más de dos minutos en escribir una carta; vayamos a la hemeroteca y leamos las noticias de antaño porque es la mejor manera de reconocer las mentiras y crueldades con las que algunos siguen trufando un presente que podría ser diferente. A pesar de todo.

Y el que pueda y quiera, que escriba. Para que todos leamos.